

FLORENCE DELAY

ALTA COSTURA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE MANUEL ARRANZ

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Haute couture*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2018 by Éditions Gallimard  
© de la traducción, 2019 by Manuel Arranz Lázaro  
© de la ilustración de la cubierta,  
Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, Madrid  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Santa Casilda* (c. 1635), de Francisco de Zurbarán

ISBN: 978-84-17346-85-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. II 491-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Casilda de Toledo	11
Isabel de Portugal	15
Milagro de las rosas (una serie interminable)	19
Apostilla 1	21
Justa y Rufina, patronas de Sevilla	25
Tres Catalinas de Alejandría	29
Margarita de Antioquía	35
Las voces que oía Juana	39
Marina de Aguas Santas	41
Águeda de Catania	43
Lucía de Siracusa	49
Apostilla 2	53
Engracia de Zaragoza	55
Eulalia de Mérida	59
Eufemia de Calcedonia	61
Inés y Emerenciana, dos hermanas	63
Apostilla 3	67
Apolonia	69
La dispersión de los cuadros	73
Impresiones románticas	77
El misterio Balenciaga	81
<i>Bibliografía</i>	87



Unas jóvenes santas presentan en Sevilla un desfile de alta costura. Bellas como andaluzas, los ojos negros, el pelo negro, lucen vestidos largos, con o sin capa, diversos modelos de jubones, casaquillas, camisolas y basquiñas—segundas faldas que se llevan sobre las primeras—. El corte de los vestidos, la elegancia de los tafetanes o de las sedas bordadas en oro y plata, la audaz combinación de los colores—violeta bajo amarillo, lila sobre verde, carmín y amarillo limón juntos—, el refinamiento de los detalles—dalmáticas bordadas de flores, chales abrochados por una joya en el hombro, cuellos plisados, mangas jamón, cinturones sueltos, cintas que desaparecen bajo el pelo, galones en los bajos de las faldas—, todo contribuye a crear la ilusión de un desfile de alta costura en el Siglo de Oro.

Ésta fue la impresión que tuve cuando visité por primera vez el Museo de Bellas Artes de Sevilla. Mi juventud la explicaba sin duda. Pero la ilusión se disipa en cuanto nos acercamos. Santa Engracia, elevando los ojos al cielo, oprime contra su pecho un enorme clavo. Santa Bárbara, también con los ojos elevados al cielo y una mano sobre el corazón, da fe de su obediencia al libro que tiene en la otra mano, pesado como las amenazas que hace cernirse sobre ella. Catalina de Alejandría, a la derecha, que parece acariciar una rueda dentada, alza sobre su hombro izquierdo una desmesurada espada. Santa Eulalia lleva en una mano, como si fuera ligero, un libro tan pesado como el de santa Bárbara, mientras en la otra mano porta una antorcha encendida. El libro que santa Margarita, vestida de pastora,

mantiene entreabierto—el dedo índice hace las veces de marcapáginas—es pequeño como un misal, sin embargo el cayado de la pastora, en la sombra, termina en un gancho. Estos atributos inquietan. Sólo Dorotea lleva una graciosa canastilla con tres manzanas y tres rosas.

Los atributos inquietantes son los instrumentos del suplicio que ha sufrido cada una de ellas: la rueda dentada que pasó por encima de su cuerpo, la espada que la ha atravesado, la antorcha que la ha quemado, el clavo que le ha destrozado el cráneo. Los portan con la misma indiferencia que sus vestidos de gala— con excepción de las dos que elevan los ojos al cielo al que imploran o ponen por testigo—. El libro en cuyo nombre han tenido que soportar aquellos tormentos, ese libro que aparece una y otra vez en diversos formatos, contiene las palabras de Cristo anunciando la Buena Nueva: la resurrección.

Y ahí están, listas para resucitar y entrar en el Paraíso en trajes de gala. Dejan atrás, en la tierra, la crueldad de los hombres cuando su deseo es contrariado. Pues la mayoría de estas bellas muchachas fueron violentamente deseadas.

En su *Discorso intorno alle imagini sacre et profane*, que estableció en 1582 las doctrinas del Concilio de Trento en materia de iconografía sacra, el cardenal Gabriele Paleotti aconsejaba a los pintores siete santas: María Magdalena, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Catalina y Anastasia. Zurbarán las pintó a todas (exceptuando, creo, a Anastasia), aunque su repertorio es mucho más amplio que el del cardenal. Además de las «vírgenes y mártires» de Sevilla atribuidas a su taller, de la mano del maestro nos esperan, en el Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid santa Casilda, santa Isabel en el Prado, en el Louvre santa Apolonia, santa Lucía en Chartres, Águeda en Montpellier, Margarita de Antioquía en Londres, Eufemia y Úrsula en Génova, Justa y Rufina en Dublín y en Nueva York, y en otras ciudades otras o las mismas santas. Destacan sobre un fondo nocturno, sin decorados, vestidas teatralmente; se las reconoce de lejos, altas, jóvenes, bellas, con o sin palma del martirio, mostrando u ocultando la marca de un milagro. Secretas.

Más secreto todavía es su pintor. Al contrario de Velázquez, no se sabe casi nada de Zurbarán. Los dos pintores más grandes del Siglo de Oro, nacidos a finales del siglo XVI, se conocieron en Sevilla, donde uno había nacido y adonde el otro se fue a vivir. Se apreciaban mutuamente. El reconocimiento de uno, pintor oficial del rey Felipe IV de España, fue inmediato; el del otro, pintor monástico, fue más tardío. Francisco de Zurbarán nos ha legado, entre otras obras maestras, el retrato más impresionante de Cristo—como carnero tumbado, con las patas ligadas—, nume-

rosos cuadros del Niño Jesús, de su madre María, de Francisco de Asís, el fundador de la orden de los franciscanos, de san Pedro Nolasco, el fundador de la orden de Nuestra Señora de la Merced para socorro de los cautivos, pero más todavía que el sayal franciscano, sus blancos lana—blanco del carnero, blanco de los hábitos de los mercedarios, de los cartujos, de los dominicos—han llegado a ser tan famosos en la historia del arte como los negros y los grises de Goya.

¿Por qué los hombres van de blanco y las mujeres de colores?, me pregunté. ¿Por qué por un lado la monotonía del hábito monástico y por el otro la infinita variación de formas y colores del vestido de gala? De las santas elegidas por Zurbarán confieso que lo ignoraba todo—con la excepción de Úrsula, cuya vida conocía gracias a los cuadros de Carpaccio—. Incluso a aquéllas cuyo nombre va acompañado de un país o de una ciudad—Casilda de Toledo, Isabel de Portugal, Margarita de Antioquía—, ignoraba en qué siglo situarlas, por no hablar de Águeda, de Apolonia o de Marina... Investigar sobre sus vidas no aclara nada sobre la manera en que Zurbarán las vistió, pero de repente me resultaba vergonzoso ignorar, a mi edad, a las elegidas por un pintor que me apasiona desde mi juventud.

*La leyenda dorada*, un compendio de más de mil páginas escrito en el siglo XIII por el dominico Santiago de la Vorágine, me proporcionó datos sobre algunas de ellas. El oro de *La leyenda* se une al oro del siglo en el que vivió Zurbarán. Respecto a las santas hispánicas, desconocidas para el dominico italiano, he consultado otras fuentes. Comenzaré con gusto por dos de ellas, que además no fueron mártires y no tuvieron que sufrir más que las reprimendas de un padre o de un esposo.



## CASILDA DE TOLEDO

De pie y de tres cuartos, vuelve hacia nosotros un rostro grave y delicado, pero lo que primero atrae son los pliegues de su vestido de seda color coral con un galón dorado bordado, recargado con brocados y brocateles—con motivos de alcachofas, orlas, piñas, color ceniza y canela—. La santa lo está levantando con la punta de los dedos como si fuera algo ligero. El vestido que lleva debajo, del que una manga, desde el codo a la muñeca, surge de la sobremanga sujeta con una joya, es rojo. Abajo asoma un mocasín negro. De la parte de atrás del vestido prende un gran lazo de tafetán gris ahuecado que cae hasta el suelo. Una abundante cabellera negra la cubre hasta la cintura, tan abundante que una parte está sujeta por una cinta roja y un collar de perlas. La boca es muy pequeña. El labio superior sobresale ligeramente, como ofreciéndose a un beso, pero no nos atrevemos: la aureola esbozada por encima de su cabeza, la diadema sobre sus cabellos, el esplendor del conjunto, intimidan. Nos está mirando, seria, con las mejillas sonrosadas por la emoción. ¿Por qué? Ése es el secreto del cuadro, presente y oculto en los pliegues de su vestido.

Casilda, hija de Yahya ibn Ismail al-Mamun, emir de Toledo de 1043 a 1075, aprendió a leer y a escribir en el Corán. Durante su adolescencia le asaltaron las dudas y quiso conocer las ideas de aquellos cristianos contra los que los moros estaban en guerra. Su padre le tenía prohibido visitar las mazmorras donde numerosos monjes y sacerdotes estaban encerrados, pero ella infringía la prohibición y aprovechaba sus ausencias para ir a visitar a los cauti-

vos y llevarles comida y remedios para sus enfermedades. A cambio, ellos la adoctrinaron tan bien que quiso recibir el bautismo. El emir, al enterarse de que su hija le desobedecía, fingió salir de caza. Pero volvió inopinadamente y la sorprendió camino de las mazmorras. «¿Qué llevas en el vestido?», le preguntó bruscamente. «Flores», respondió ella. «Muéstramelas». Cuando Casilda entreabrió temerosa su vestido apareció un ramillete de rosas. Y ése es el secreto del cuadro de Zurbarán: un ramillete de rosas en los pliegues del vestido.

Poco después cayó enferma, perdiendo flujo de sangre. El emir, asustado, reconoció la enfermedad de la que su esposa, llamada Casilda como su hija, había muerto.

Casilda. *Casida* en árabe significa 'poesía'. Federico García Lorca, como homenaje a los viejos poetas musulmanes de Granada, su Granada, compuso una serie de *casidas* y *gacelas*, formas poéticas de la antigua lírica arábigo andaluza. El primer poema que tradujo de Lorca, a los quince años, se llamaba «Casida de las palomas oscuras».

Por las ramas del laurel  
van dos palomas oscuras.  
La una era el sol,  
la otra la luna.  
«Vecinitas—les dije—,  
¿dónde está mi sepultura?».  
«En mi cola», dijo el sol.  
«En mi garganta», dijo la luna.  
Y yo que estaba caminando  
con la tierra por la cintura  
vi dos águilas de nieve  
y una muchacha desnuda.  
La una era la otra  
y la muchacha era ninguna.

«Aguilitas—les dije—,  
¿dónde está mi sepultura?».  
«En mi cola», dijo el sol.  
«En mi garganta», dijo la luna.  
Por las ramas del laurel  
vi dos palomas desnudas.  
La una era la otra  
y las dos eran ninguna.

Uno de los cristianos cautivos, natural de Burgos, al ver que la benefactora princesa perdía su lozanía, recordó un lugar milagroso en su país, al noreste del pequeño reino de Castilla: le sugirió que fuera a bañarse en Lagos de San Vicente de Buezo. El emir, dispuesto a todo, hizo que llevaran a su hija a aquel lugar, en la región de La Bureba, cuya capital es Briviesca. Casilda se bañó en las aguas de Lagos y como salió de ellas curada no quiso volver ya a Toledo: se quedó cerca de las aguas que la habían salvado y llevó una vida eremítica.

Las «comedias de santos», género teatral al que era muy aficionado el público del Siglo de Oro, popularizaron su historia. El hermano Gabriel Téllez, mercedario, más conocido por el nombre de Tirso de Molina—autor, entre otros centenares de obras, del primer Don Juan, *El burlador de Sevilla*—, le dedicó una comedia titulada *Los lagos de San Vicente*.

A Casilda se le rinde culto en Briviesca, de donde es la patrona y adonde acuden las mujeres que sufren la misma enfermedad que sufrió ella.



## ISABEL DE PORTUGAL

De pie y de tres cuartos, la postura es la misma que la de Casilda, inclina hacia nosotros un rostro tan dulce como el de aquélla, aunque menos juvenil. Deslumbrados por el corto vestido con faldones de tafetán verde que lleva sobre una voluminosa falda color castaño, olvidamos devolverle la mirada. A la espalda, partiendo de los hombros, un sobretodo más holgado que el de Casilda, de seda color calabaza, acompaña vestido y falda hasta el suelo. Tiene los ojos negros, el pelo negro sujeto con pasadores. ¡Ni una sola rubia de ojos azules entre las santas de Zurbarán! Una pequeña corona detrás de la cabeza y una aureola apenas esbozada la hacen reina y santa. Atributos terrenales y divinos brillan apenas en el fondo oscuro del cuadro: el reino de este mundo está representado por las telas y las joyas. En la parte superior del tafetán verde, una cadena replica la curva del collar de perlas. Los bullones, estrechados mediante una cadena de pedrería, le llegan hasta medio codo, dejando sobresalir la manga roja de un vestido más pegado al cuerpo, más cálido, hasta la mano blanca que levanta delicadamente la falda, desvelando en sus pliegues el secreto del cuadro.

La hija del rey Pedro de Aragón y de Sicilia, nacida en 1271, fue dada en matrimonio al rey Dionisio de Portugal cuando tenía doce años. Dionisio reinó cuarenta y seis años. Ella era tan buena y caritativa que los allegados al rey la acusaron de estar dilapidando el tesoro real. En un arrebato de cólera, Dionisio le prohibió dar limosna. Un día de invierno en que iba acompañado de su séquito, la sorpren-

dió apresurándose hacia Dios sabía dónde. Sospechando que seguía llevando dinero a los pobres, le ordenó que dijera delante de todos qué era lo que ocultaba bajo su manto. Ella respondió vacilando que llevaba rosas a la capilla. No hay rosas en enero, replicó el rey, así que abre tu manto. Cuando lo entreabrió cayeron al suelo unas rosas. Zurbarán le ha retirado el manto para mostrar mejor el ramo de rosas y de flores del campo que le regaló, en pleno invierno, el celeste jardinero.

Dionisio de Portugal tiene fama de haber sido un buen rey, aunque irascible, y buen trovador. Su pueblo lo apodaba «el hacedor de bastardos», porque si bien amó a Isabel, también amó a muchas otras. La afición al amor le vino del *trobar*, o a la inversa, pues practicó con fruición tanto el amor como la poesía. Isabel jamás se lo reprochó. Educó a los hijos ilegítimos como si fuesen suyos. Su hijo Alfonso, el heredero, temiendo por la sucesión, en dos ocasiones tomó las armas contra su padre, y en dos ocasiones ella los reconcilió. Llevaba una vida austera y piadosa, y cuando quedó viuda pensó retirarse al convento de las Clarisas de Coimbra, pero renunció para continuar con sus obras en el mundo y se instaló al lado, en el convento de los terciarios franciscanos que ella había hecho construir. Murió durante un viaje emprendido para reconciliar a su hijo con su sobrino (o sobrino segundo).

Se la invoca para apaciguar las discordias, reconciliar a los hombres y socorrer a los pobres. También es el modelo de la caridad.

A su nacimiento fue bautizada con el nombre de su tía abuela Isabel de Hungría, también llamada Isabel de Turingia, en húngaro Erzsébet. Hija del rey Andrés II de Hungría, a los catorce años fue casada con el landgrave de Turingia, del que tuvo tres hijos, y a los veinte años enviudó.

Tras rechazar la alternativa—nuevo matrimonio o convento—, consiguió la restitución de su dote, la repartió entre los pobres y la construcción de un hospital, y terminó su corta vida haciendo penitencia en una choza acompañada de sus hijos y cuatro sirvientas, quienes dieron testimonio de sus milagros durante el proceso de canonización (1235). Se le atribuyen una piedad, una humildad y una alegría extraordinarias.

Cuando estaba casada, Erzsébet tenía por costumbre descender por un pequeño sendero, difícil luego de subir, desde el castillo de Wartburg hacia Eisenach, para asistir a los pobres y los leprosos y llevarles alimentos. Un día, al volver de cazar, su esposo se la encontró sola, caminando encorvada bajo el peso de un fardo oculto bajo su manto. «¿Qué lleváis ahí que pesa tanto?», le preguntó. «Rosas», respondió ella para evitar retractarse y confesar que llevaba pan. Cuando el landgrave entreabrió el manto para mirar cayeron de él rosas blancas y rojas. Junto con su nombre, su sobrina segunda heredó el milagro.

La madre del landgrave de Turingia encontraba extravagante la piedad de su nuera, y consideraba indigno que cuando entraba en una iglesia depositara su corona de reina ante la cruz. «¿Cómo podría llevar yo una corona de oro cuando mi Dios lleva una corona de espinas?», respondió Erzsébet. De ahí esa coronita de nada que Zurbarán colocó sobre su Isabel. Y en cuanto a las aureolas que nuestros ojos apenas distinguen, testimonian que los gestos discretos de la caridad se ven mucho mejor desde las alturas.